

Departamento del Cuzco
Provincia de Kanas

CHIARAQE

Alfonsina Barrionuevo

Abogado y periodista.

Autora de "Cuzco Mágico", "Los dioses de la lluvia"

Todos los años, en las altas punas del Chiaraque y el Toqto, a 4500 y 4900 metros sobre el nivel del mar, allí donde vociferan los dioses y descargan su furia en atronadores diluvios, cientos de guerreros prueban su hombría en dramáticas y sangrientas batallas rituales.

En las terribles ceremonias la muerte pierde su máscara grotesca para convertirse en mágica ofrenda a la más brava de las mapachas cuzqueñas: la altiva y gallarda Kanas.

Los juegos viriles que se celebran entre los jóvenes de veinte pueblos y comunidades, armados a la usanza de sus antepasados inkas, tienen por objeto propiciar al mismo tiempo la fertilidad de la tierra y conquistar el favor de los dioses legendarios.

"Los Apus verán con agrado a los vencedores, dicen los abuelos de Orqoqa llenos de religiosidad, y harán que tengan un año próspero y abundante. En cambio para los que pierden, malquistados con las deidades por su falta de valor y empuje, sólo habrá hambruna y calamidades".

Si hay muertos es señal de que la tierra ha aceptado sus ofrendas. El guerrero que cae no es llorado por sus familiares, porque su sangre riega los surcos y los fructifica. Dentro del ritual no es más que un "pago" vivo a la madre poderosa que lo recoge agradecida en su seno.

El kana de naturaleza indómita, todavía panteísta, adorador de las fuerzas telúricas, cree en la profunda relación que hay entre

el hombre y la tierra. Por eso cuando alguien muere en la lucha se alegra. El miedo no existe en su corazón castigado por los rayos —según la tradición sus paqos o brujos son gentes tocadas por el rayo—, y por eso se enfrenta hasta cinco veces por año: el 8 de diciembre, el 1º de enero, en San Sebastián (20 de enero), el 2 de febrero y en compadres.

EL CHIARAQE Y EL TOQTO

A ocho horas del Cuzco, cerca del pueblo de Languilayo, en el distrito de Ch'eqa se encuentra el Chiaraque, cerro corpulento como un dios y blindado de peñones negros a los pies del majestuoso nevado Gongonilla. Su hoyada toma el nombre de Yuraq K'anchay, la pampa de "la luz radiante", y está flanqueada por dos ríos poderosos, el Apurímac y el Willkamayu.

El Toqto es más inaccesible. Lejos de la civilización, a dos días del distrito de Kunturkanki, ocupa la parte alta de la parcialidad de Orqoqa. El paraje que es de una aridez estremecedora, casi lunar, se magnifica en tiempo de lluvias. La nieve cubre el ichu y entre la neblina asuman espectrales las cresterías iluminadas por rayos y relámpagos.

En aimara Toqto significa tronar y en efecto, es la tierra del trueno y sus fragorosos compadres, el rayo y la lluvia.

Aquí, los ch'eqas, descendientes del aguerrido y legendario jefe kana Yana Auka, se encuentran con sus eternos enemigos, los ch'uchos chumbivilcanos, terribles guerreros de la estepa limítrofe con el Qollao, que trepan la escarpada pendiente del Apurímaq en el lomo de sus caballejos enanos para entrar en tierra kana.

El Chiaraque es una batalla local en la provincia de Kanas, en que chocan los pobladores de Ch'eqa aliados con las parcialidades de Qollana, Sawasaya, Orqoqa, Hanansaya y Konsa, contra los pueblos de Yanaoka, Layo, Q'ewe y Langui. De suyo es menos reñida que el Toqto donde se baten los combatientes de dos provincias, Kanas y Chumbivilcas, luchando los ch'eqas unidos con las parcialidades de Cullunkuyani, Kuti, Konsapata, Qaywa, Orqoqa, Chitibamba y Tandabamba, contra los pueblos chumbivilcanos de Livitaca, Pikiqocha, Ch'amaka, Chaupibamba, Machaqoyo y otros.

EL WARACHIKUY

Los orígenes del Chiaraque y del Toqto son muy oscuros. Para unos recuerdan antiquísimas luchas entre los bizarros chumpiwillkas, salteadores de la puna, y los primeros ch'eqas. Para otros es el famoso warachikuy inka que abre las pruebas de iniciación de la pubertad.

En Yanaoka y Descanso se asegura que ambas batallas datan de los reinados qollas y que en aquellos tiempos eran más feroces, pues los vencedores bebían chicha en el cráneo de sus enemigos. En todo caso tienen un carácter mágico, adivinatorio, porque deciden el porvenir, la abundancia o la hambruna.

LA CAZA DEL HOMBRE

A los doce años los niños kanas están aptos para guerrear como hombres. Las prácticas duran toda su vida. A honda, a liwi, a wichi wichi, cazan desde pájaros, venados y vicuñas, hasta pumas. Esas mismas armas les sirven después para la caza del hombre.

Unos quince días antes de la batalla ya se nota una efervescencia en las comunidades. La mozada se inquieta. Los varayoc recorren la zona convocando a los jóvenes. Por las noches se siente de cumbre a cumbre el ulular de los pututos. Y luego los cantos.

Haykuykamuy wayqechallay
pasaykamuy wayqechallay
pujllakusun qeswakusun

*Entra hermanito
pasa hermanito
jugaremos, bailaremos.*

Ellos declaran que los encuentros son sólo juegos viriles pero eso no impide que se aprovechen para saldar diferencias, pequeños odios y rencores. Así son de bravos y temibles.

SABINAS INDIAS

En la fiesta guerrera participan con la misma pasión las chollitas núbiles y siguen anhelantes las incidencias del combate. Especie de sabinas indias, si los suyos pierden, serán el botín de los triunfadores que pueden devolverlas al año siguiente después de un servi-nakuy que a veces se legitima con el matrimonio.

El día del Chiarage bajan de sus comunidades, ataviadas de domingo, con monteras adornadas con phallchay, llevando las hondas y liwis de repuesto.

AMA MANCHANKICHU

Las batallas se registran dentro de cierto orden. Por delante va la caballería. Un poco más atrás los guerreros a pie. Los hombres maduros forman el grupo de los reservistas y ayudan con las mujeres a apilar las piedras que servirán de proyectiles. A la retaguardia van los cargadores de chicha, alcohol y cañazo y las cantineras. Los viejos combatientes toman parte alentando a los jóvenes con sus cantos y la música entonadora de sus pinkuyllus.

Yo he escuchado sus voces intensas, exprimidas de unos pulmones que se ensanchan a 5,000 metros sobre el nivel del mar para

expeler las palabras, en una canción agreste, tierna, hecha de poesía pero al mismo tiempo capaz de insuflar coraje.

Ama wayqey manchankichu
wayqechallay fulanito
yawar mayu unupiña
rikukuspapas

*Nunca temas hermanito
hermanito, fulanito
ni aunque te veas envuelto
en un gran río de sangre.*

Ama wayqey manchankichu
wayquechallay fulanito
rumi chijchi chaupinpiña
rikukuspapas

*Nunca temas hermanito
hermanito, fulanito
ni aunque te veas en medio
de una gran lluvia de piedras*

Los cielos del Chiarage y del Toqto están casi siempre cargados de tormenta. Las nubes de panzas grises parecen puños amenazantes de algún dios que mora allí. El silencio es tenso y la voz de los ancianos, hueca, cavernosa, cabalga en el viento, agigantándose con el eco.

Airampu unullan kayqa
nillanki mare
confites hank'allan kayqa
nillanki mare.

*Y di que la sangre
no es sino agua de airampu
y que la lluvia de piedras
no es sino un puñado de confites.*

EL WAYNA AKULLI

La pelea tiene dos momentos, el Wayna Akulli o primer coqueo que comienza entrada la mañana, y el Piqchu Tupay o segundo coqueo que se lleva a cabo a media tarde. El número de asistentes varía. El doctor Mario Gilt Contreras, autor de un estudio sobre el Chiarage, vio hasta un millar por bando. Además de los indios toman parte los colonos y hasta los hacendados de la región que entran en la justa porque sienten que "les hierve la sangre".

Los guerreros kanas que parecen las huestes de un Gengis Khan indio son los mismos que acompañaron en sus campañas a Tupaq Amaru. En las lejanas comunidades todavía lo recuerdan, erguido en su potro blanco y empuñando la bandera imperial, y pronuncian su nombre con reverencia.

Antes de luchar, los combatientes "pagan" a la madre tierra y a las deidades circundantes para conquistar el triunfo, y luego bajan en avalancha por las laderas profiriendo insultos que hieren el honor, la hombría y el orgullo del contrario.

Al vocerío que es la música bélica del Chiarage y el Toqto, además del pinkuylo, se une el restallido metálico de las hondas fustigando el aire y el relincho de los caballos que huelen la violencia.

Los liwis cruzan el espacio enredándose en las patas de las bestias que caen lanzando o aplastando a su jinete si no es muy diestro para saltar en el momento preciso. Tanto los kanas como los ch'uchos eximios caballistas, montan a pelo o en rústicas monturas, y a veces en alarde de destreza van de pie sobre el lomo del caballo como verdaderos Atilas.

Un poco apartadas del escenario las jovencitas qhaswan en rondas interminables y cantan waynos alentando con palabras de amor a sus amantes. Sus canciones bañadas en llanto, entre hipos y quejidos, porque están luchando sus padres, sus maridos, sus hermanos y sus novios, incitan a vencer o morir.

LUZ QUE ALUMBRA

El punto central de la pampa del Chiarage es la apacheta de Kullurumi, el dios de Yuraq K'anchay. De allí o se retrocede o se avanza y cuando son batidos es porque la huaca está en contra.

A media tarde, después de una corta tregua, con heridos y hasta con muertos —en la batalla de San Sebastián hubo cinco—, arrecia la granizada de piedras. Las escenas que se suceden son escalofriantes, con las caras destrozadas, sangrando profusamente, siguen en la lid, sostenidos por un coraje que se va acrecentando a la par que crece su desprecio a la muerte.

La voz de los pinkuylleros que alternan el pinkuyllu con las canciones adquiere una grandeza trágica. Es el último esfuerzo para animar a los guerreros que duplican su encarnizamiento a un paso de la derrota o de la victoria, ebrios de furia, de aguardiente y de coraje.

Yuraq K'anchay, maqtaykiqa
qari saya
Yuraq K'anchay maqtallapa
chiri ángel cholochaqa
qaripuni batikuqcha
¡Ay! Urbanooo...
Hatun Mayu phallchaq t'ika
Akima t'ikakuyki
¡Arsa!

*El cholo de Yuraq K'anchay
es como una luz que alumbra
puro hombre.
Es como un ángel de hielo
que se bate como un hombre
¡Ay! Urbanooo...
gran río desbordado en flores
apuesto que aquí floreces.*

FIESTA DE SANGRE

En la lucha de cuerpo a cuerpo salen a relucir el wichi wichi, lazo trenzado que lleva al extremo una piedra o una tuerca de hierro, y el wallpakaldo, zurriago de cinco puntas de acero, que se incrustan en la carne o destrozan el cráneo si lo tocan.

La batalla concluye cuando el cielo del Toqto y el Chiaraque vuelca sus nubes plumizas sobre la pampa. Entre la neblina que asciende aún se escuchan las imprecaciones y se ven los haces de chispas de los wichis que revientan al flagelar el viento.

A veces los heridos son rematados y sus muertes que nunca se denuncian son el corolario bárbaro de la fiesta de sangre. Los vencedores se retiran gozosos y se llevan como botín a las cholitas, flor de los pueblos, como premio a su bravura, hasta el próximo chiaraque en que volverán a desatarse en su sangre los dioses de la guerra.